

The unity of the faithful in God through the incarnation of the Word and the sacrament of the eucharist

We believe that the Word became flesh and that we receive his flesh in the Lord's Supper. How then can we fail to believe that he really dwells within us? When he became man, he actually clothed himself in our flesh, uniting it to himself for ever. In the sacrament of his body he actually gives us his own flesh, which he has united to his divinity. This is why we are all one, because the Father is in Christ, and Christ is in us. He is in us through his flesh and we are in him. With him we form a unity which is in God.



The manner of our indwelling in him through the sacrament of his body and blood is evident from the Lord's own words: *This world will see me no longer but you shall see me. Because I live you shall live also, for I am in my Father, you are in me, and I am in you.* If it had been a question of mere unity of will, why should he have given us this explanation of the steps by which it is achieved? He is in the Father by reason of his divine nature, we are in him by reason of his human birth, and he is in us through the mystery of the sacraments. This, surely, is what he wished us to believe; this is how he wanted us to understand the perfect unity

that is achieved through our Mediator, who lives in the Father while we live in him, and who, while living in the Father, lives also in us. This is how we attain to unity with the Father. Christ is in very truth in the Father by his eternal generation; we are in very truth in Christ, and he likewise is in us.

Christ himself bore witness to the reality of his unity when he said: *He who eats my flesh and drinks my blood lives in me and I in him.* No one will be in Christ unless Christ himself has been in him; Christ will take to himself only the flesh of those who have received his flesh.

He had already explained the mystery of this perfect unity when he said: *As the living Father sent me and I draw life from the Father, so he who eats my flesh will draw life from me.* We draw life from his flesh just as he draws life from the Father. Such comparisons aid our understanding, since we can grasp a point more easily when we have an analogy. And the point is that Christ is the wellspring of our life. Since we who are in the flesh have Christ dwelling in us through his flesh, we shall draw life from him in the same way he draws life from the Father.

La encarnación del Verbo y el sacramento de la eucaristía nos hacen partícipes de la naturaleza divina

Si es verdad que *“la Palabra se hizo carne”* y que nosotros, en la cena del Señor, comemos esta Palabra hecha carne, ¿cómo no será verdad que habita en nosotros con su naturaleza aquel que, por una parte, al nacer como hombre, asumió la naturaleza humana como inseparable de la suya y, por otra, unió esta misma naturaleza a su naturaleza eterna en el sacramento en que nos dio su carne? Por eso todos nosotros llegamos a ser uno, porque el Padre está en Cristo y Cristo está en nosotros; por ello, si Cristo está en nosotros y nosotros estamos en él, todo lo nuestro está, con Cristo, en Dios.



Hasta qué punto estamos nosotros en él por el sacramento de la comunión de su carne y de su sangre, nos lo atestigua él mismo al decir: *“El mundo no me verá, pero ustedes me verán y vivirán, porque yo sigo viviendo. Porque yo estoy con mi Padre, y ustedes conmigo, y yo con ustedes”*. Si hubiera querido que esto se entendiera solamente de la unidad de la voluntad, ¿por qué señaló como una especie de gradación y de orden en la realización de esta unidad? Lo hizo, sin duda, para que creyéramos que él está en el Padre por su naturaleza divina, mientras que nosotros estamos en él por su nacimiento humano y él está en nosotros por la celebración del

sacramento: así se manifiesta la perfecta unidad realizada por el Mediador, porque nosotros habitamos en él y él habita en el Padre y, permaneciendo en el Padre, habita también en nosotros. Así es como vamos avanzando hacia la unidad con el Padre, pues, en virtud de la naturaleza divina, Cristo está en el Padre y, en virtud de la naturaleza humana, nosotros estamos en Cristo y Cristo está en nosotros.

El mismo Señor habla de lo natural que es en nosotros esta unidad cuando afirma: *“El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí, y yo en él”*. Nadie podrá, pues, habitar en él, sino aquel en quien él haya habitado, es decir, Cristo asumirá solamente la carne de quien haya comido la suya.

Ya con anterioridad había hablado el Señor del misterio de esta perfecta unidad al decir: *“El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí”*. Él vive, pues, por el Padre, y, de la misma manera que él vive por el Padre, nosotros vivimos por su carne.

Toda comparación trata de dar a entender algo, procurando que el ejemplo propuesto ayude a la comprensión de la cuestión. Aquí, por tanto, trata el Señor de hacernos comprender que la causa de nuestra vida está en que Cristo, por su carne, habita en nosotros, seres carnales, para que por él nosotros lleguemos a vivir de modo semejante a como él vive por el Padre.